

# La cata del vino

JULIO GONZÁLEZ PUENTE

Decía D. Miguel de Unamuno, muy en la línea de su estilo tajante e hiperbólico, que al norte del río Loira vivían bárbaros que cocinaban con manteca y bebían cerveza, y que al sur estaban los pequeños dioses que cocinaban con aceite y bebían vino. Puede que haya una buena dosis de verdad en esta afirmación porque el hombre es el producto de muchos factores, incluso de lo que come y lo que bebe.

El caso es que en mi ciudad, capital natural de una zona muy característica de Galicia, se va a celebrar una cata para designar a los vinos ganadores de la Ribeira Sacra, denominación ya sobradamente conocida y que, en buena medida, personifica el Amandi, vino de rancia tradición que, según la leyenda, ya bebían los emperadores romanos. Amandi es un nombre eufónico y sugerente, no en vano coincide con el genitivo del gerundio del verbo latino *amare*. El gran Ovidio nos regaló su *Ars amandi*.

Por imperativo de mi profesión tengo que dar fe de la cata y del resultado del concurso y nunca como en esta ocasión estuve más satisfecho de dar testimonio de un acto solemne porque, perdonésemela la redundancia, también tengo auténtica fe en el vino y en todo el ceremonial que lo rodea. Nada más cierto que aquello de *in vino veritas*, que decían los clásicos. Creo profundamente que la cultura del vino es de lo más noble que ha producido la humanidad y creo en los hombres que beben vino con moderación y que hablan de todo lo divino y lo humano alrededor de una copa. Cuando nos invaden modas foráneas en todo y nos imponen bebidas ajenas a nuestra personalidad, hay que enarbolar lo auténtico de nuestras señas de identidad. Desde este rincón, que aspira a ser una columna, le doy la bienvenida a los catadores y les deseo que acierten en esa misión tan delicada de definir a los mejores vinos y que éstos sean bebidos devotamente por todos.